



A la izquierda, el portentoso San Jerónimo, perteneciente al Museo de la Catedral. A la derecha, "La oración en el huerto", conjunto que se conserva en la iglesia de Jesús.

**L**A muestra antológica de los «Salzillos», felizmente proyectada por la Comisaría de Exposiciones de la Dirección General de Bellas Artes, toca a su fin. Francisco Salzillo, melocotón de Murcia en el gran frutero del barroco español, retorna a los altares. Sus Purísimas coronadas de estrellas, sus dramáticos Cristos cuyas amoratadas llagas recuerdan el color de los caldos jumillanos, sus Dolorosas de manos clamantes como palomas de madera, sus ángeles y sus santos, en fin, devueltos al culto, van a recobrar de nuevo su auténtico destino en la altura de las hornacinas y los camarines, entre el cirio parpadeante y la rosa de trapo.

Durante varios meses el oficinista que rellena apasionadamente su quiniela, la chica contestataria que tapiza su cuarto de «posters» erótico-revolucionarios, la monjita progresista, prendida en las redes del «folk-song», el huertano que sueña cada noche con la aventura del trasvase, la dama pia que vuelve de la Vela y Alumbrao y la que embute tomate en conserva en la fábrica del suburbio, allí donde la vanidad de los flamantes rascacielos pierde pie, han pasado por la murciana Iglesia de San Andrés para hablarle a Salzillo de tú a tú.

En una ciudad vencida en muchas ocasiones por el signo funcional del cemento y el neón, la gente continúa contando con Salzillo y no escribo palabras vanas: «Salzillo y Murcia es una y la misma cosa». ha escrito Salvador Jiménez. Vale la pena comprobarlo, mañana de Semana Santa, cuando la huerta y la urbe suspenden toda labor para salir al encuentro de Salzillo, en volandas de fervores y enamoramientos. Acechará entonces, por fortuna el típico de descubrir el primer rayo sol evaporándose a María la sal de la lágrima. También el paso del Ángel, bamboleante en su falso Getsemani, con el olivo y la palmera. Todo bajo el oro de la miel de Viernes Santo que el cielo exprime sobre Murcia. ¿Cielo dije? No lo fuera en verdad para el murciano si, cumplido su tránsito por

la tierra, allí no hubiera de encontrar, mojado y bien plantado, en vuelo glorioso al rededor del Altísimo, al Ángel de Salzillo.

#### LA DIALECTICA DE LA MADERA

Ni el paso del tiempo, ni el desmoronamiento de las 38 torres que un día llegó a manejar Murcia, ni la Gran Vía, ni el asfalto, ni el ruido, ni la contaminación han logrado apagar del todo la dialéctica de la madera. Aquí, la contemplación de los «pasos» de Salzillo sigue equivaliendo, de algún modo, a una perfecta tanda de Ejercicios Espirituales. Con las procesiones de Semana Santa, a las que sólo el ojo miope se atreverá a enfocar como pasto de turistas, Salzillo se está desquitando con todos los sermones que, yendo para fraile, le hubiera gustado pronunciar y que el destino, inmisericorde, le malogró.

Al cabo de los años, la imaginaria de Salzillo sigue siendo regalo para los ojos, pero antes puerta del cielo.

#### BARROCA MURCIA

Habría que preguntarse de donde le viene a la ciudad su ventolera por el barroco, clave de muchas de sus decisiones, para contestarse inmediatamente que del aire, sólo del aire.

Cuando Salzillo maneja la gubia sobre el leño no hace sino conectar complacientemente su alma con el paisaje. Sólo el aire murciano —soles, lunas, vientos, plenas, colores en suspensión— pueden levantar aquí, cuando la agresividad de los neoclásicos congela la raíz de tantos módulos de belleza, la llamarada de un barroco en el que nada es exceso o exageración y que Murcia hace un día su dilecto producto.

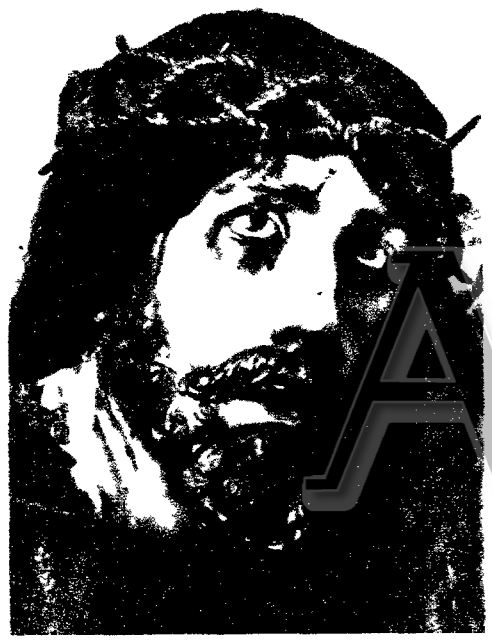


Antiguo grabado del escultor Francisco Salzillo.

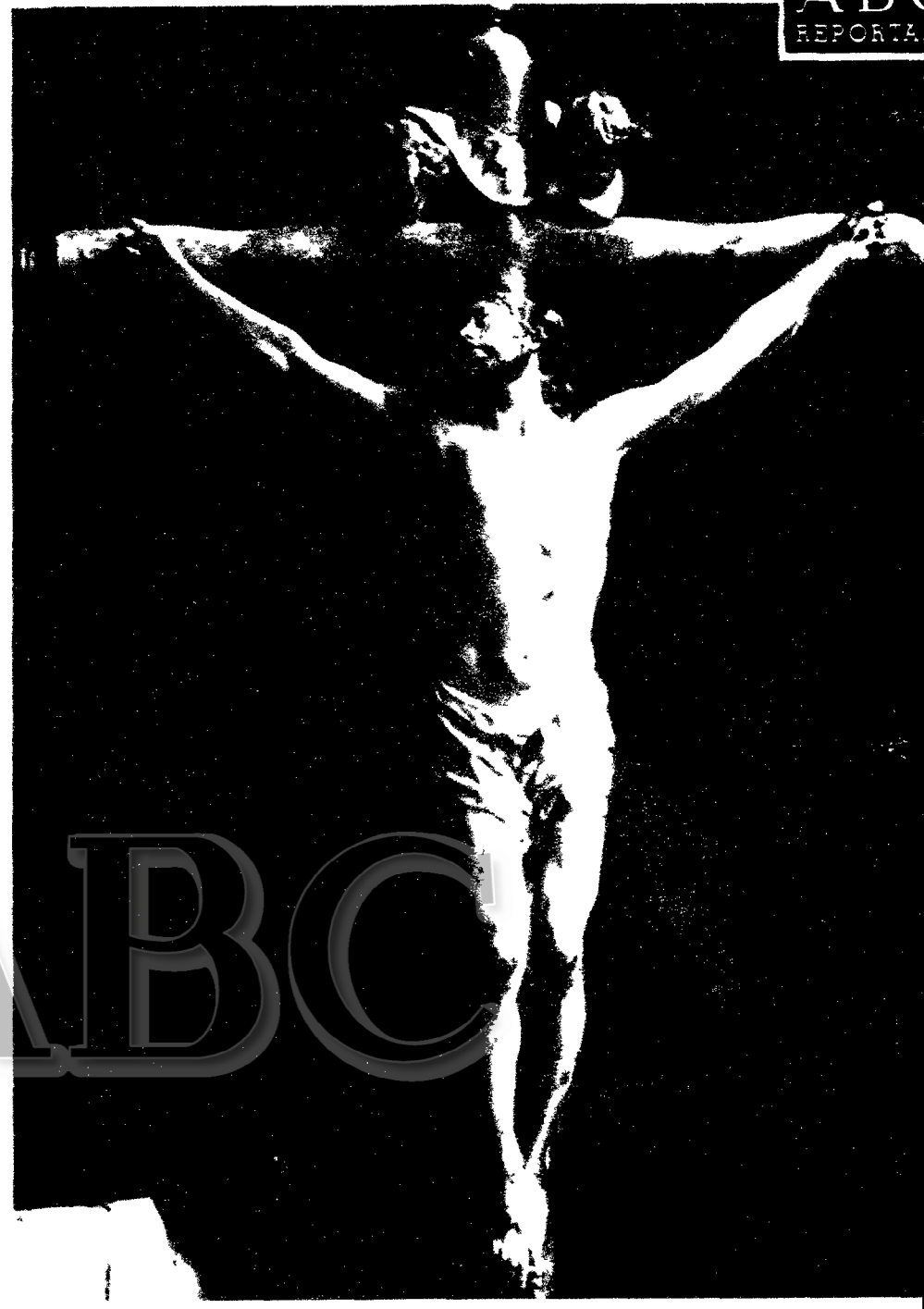
Las primeras imágenes —jueguillo de infante a la vera del Segura— son modeladas por Salzillo utilizando barro del río, que es tanto como decir savia de Murcia. He aquí otra importante clave ciudadana: el río. Por el río le llegan a Murcia sus misterios de gozo y sus misterios de dolor. A la postre el río pesa siempre en Murcia como cifra de todo acaecimiento, como símbolo de toda circunstancia: la sequía, la inundación... Sólo el día que el río puso a punto de sazón a la huerta pudo ver la luz Murcia como urbe. Ni un solo minuto antes.

**ENTRE LA TIERRA Y EL CIELO**

Frustrada, bien a su pesar, su aventura en el claustro, a Salzillo le sigue quemando Dios en el corazón. Así, el cielo por una parte y la tierra por otra le van allanando el camino de su otra vocación de imaginero. Van naciendo entonces, para pasmo de propios y extraños, el atormentado San Jerónimo, la prodigiosa Santa Clara, los vasos procesionales, las Inmaculadas de cándidos mantos hinchados, como vela-



Sobre estas líneas, un detalle del Cristo de la Caída, que se conserva en la iglesia de Jesús. A la derecha, el Cristo de la Agonía, de la catedral de Murcia



por vientos mediterráneos; la mofletuda y deliciosa angelería infantil... Imágenes que ahora han hecho posible el montaje, realmente espléndido, de la Muestra antológica. La escultura pasionaria ha quedado en el Museo de Salzillo, pared por medio de San Andrés: la Caída, el Beso de Judas, los Azotes, la Verónica, San Juan... También el Belén, perfecto documento de la Murcia dieciochesca. A lo barroco, zambomba y rabel, guitarra y pandero. Murciana María, Señor San José, huertano mayor. Y el Niño, ¡ay! el Niño, adormecido por nanas del Segura, canción de auroros, música de acequias, de azarbes, de rueda de la Nora...

**LAS LEYENDAS**

No entiende el pueblo que Salzillo lo-grase, por medios enteramente humanos, sus portentosas invenciones. Echará mano, entonces, a la leyenda. Para plasmar el gesto de infinita amargura de la Dolorosa del Viernes Santo, Salzillo injuria a su esposa. Otra conseja pinta a un cansado peregrino demandando posada a Salzillo. Amén de un jergón, lecha de cabra y pan casero no han de faltarle al andariego.

Al día siguiente Salzillo encuentra vacío el lecho del huésped y, sobre la mesa de trabajo, el boceto del Ángel. Puro portento el Ángel. El Ángel, siempre multiplicado en mil escorzos en estampa, postal, cromó, de almanaque. En «El obispo leproso», de Gabriel Miró, Matía Fulgencia, prendida como todo murciano en la plástica del Ángel, decide comprarlo y en carta «muy sutil» de un beneficiado de la catedral de Murcia se especifica textualmente en contra de su proyecto: «Si yo fuese obispo de Murcia reclamaría el Ángel para mi palacio. Empresa imposible. Y, sin embargo, un obispo en su diócesis es y puede más, mucho más, que una señorita devota en su casa... Lord Wellington pretendió, como usted, llevarse el. Cfrerió dos millones y otro Ángel igual y nuevo. Y quedóse sin Ángel. Ni usted da tanto ni yo soy ni seré obispo.»

**FIDELIDAD A LA TIERRA**

Doy fe de que el murciano acaba por acomodarse a la querencia de la tierra. Palabra que, a pesar de todos los pesares, al murciano llega a importarle, antes que

naña, el amor al contorno, al jocundo paisaje, al gozo de saberse inmerso en un modo de entender la vida en el que hasta a juego de enamorar a la pareja se le llama «festejar».

Así, Salzillo, atado para siempre a la tierra, a sus voces. Entenderá el escultor que Dios anda, efectivamente, entre los ruchereros, pero también entre el naranjo y la palmera. Toda Murcia pesando apasionadamente en su obra. Aquí están, bajo la piel de sus santos, los mendigos que en el atrio de la catedral solicitan un mendrugito de amor: los hortelanos, las mozas, los mercaderes, los carboneros como aquel de Fiebro, modelo de un sayón de los Azotes... En una ocasión, Floridablanca ofrece a Salzillo su nombramiento de escultor palatino en Madrid. Salzillo lo rechaza. ¿Qué hará él fuera de la frontera del azahar? Seguro que tal circunstancia hubo de retrasar el vuelo de sus famas. No creo, sin embargo, que a Salzillo llegara a importarle el hecho ni un tantito así, conociendo como conocía que, a su muerte, le iban a doblar todas las campanas de Murcia y a llorarle todas sus Dolorosas.

Aensio SAEZ